Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



La Guerra de los Treinta Años

A. Domínguez Ortiz, G. Parker, J. Alcalá-Zamora y P. Molas

96

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

Rufino González, 23 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-15068-1997

Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 23 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas.,
sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Historia 16

Indice



En portada, uno de los episodios de la Guerra de los Treinta años: la toma de Brisach, Renania, en 1633, por las tropas españolas del duque de Feria (por Jusepe Leonardo, Museo del Prado, Madrid). Izquierda, soldado de la época (*picas al hombro*, uno de los movimientos en el manejo de la pica, de un manual de instrucción militar de la época)



El emperador
Fernando II de Alemania
(obra de la escuela de Rubens,
Museo del Prado, Madrid)

La Guerra de los Treinta Años (1618-1648) fue sin duda la primera gran guerra europea y ha sido considerada como un punto crítico en la historia moderna del continente. Iniciada en Bohemia por motivos religiosos, se extendió cual reguero de pólvora a las tierras del Imperio, afectando no sólo a toda Europa central sino también a las principales potencias del momento que, con su intervención en el conflicto armado, dirimían a su vez otras cuestiones paralelas. En este Cuaderno, Antonio Domínguez Ortiz, Geoffrey Parker, José Alcalá-Zamora y Pere Molas Ribalta analizan las causas de la conflagración, describen sus fases y principales operaciones, destacan el significativo papel de España y realizan un balance del nuevo orden consagrado por los tratados de paz de Westfalia.

Las causas de la guerra

Antonio Domínguez Ortiz
De la Real Academia de la Historia

La Guerra de los Treinta Años es la última fase de una guerra de religión que duró ciento veinte años, con sus silencios relativos y sus intensidades alternadas... Relacionada con el éxito de la Contrarreforma, corresponde a la contraofensiva católica y a la resistencia de la Europa protestante (1).

En efecto, aquella monstruosa conflagración, que sin exagerar podríamos llamar Primera Guerra Europea, tuvo unos orígenes religiosos, con los cuales se mezclaron otros que acabaron por desnaturalizar la fisonomía del conflicto conforme pasaba el tiempo y se extendía su área: desde el foco originario de Bohemia, el incendio abrasó toda la Europa central y estuvo relacionado con otras guerras paralelas, originadas por motivaciones distintas, aunque relacionadas entre sí, formando un panorama tan confuso como complicado.

Entre estos conflictos coetáneos mencionemos la interminable guerra que sostenía la Monarquía española con las Provincias Unidas, la que estalló entre España y Francia, con repercusiones dentro de la Península Ibérica (levantamientos de Cataluña y Portugal) y, en el Este, la lucha entre Suecia y Polonia por el control del Báltico.

El conjunto de estos conflictos armados arruinó regiones enteras de Europa, siendo a la vez causa y consecuencia de la crisis del siglo XVII, una crisis cuya realidad se impone contra cualquier intento de soslayarla. Para simplificar y no perdernos en detalles prescindiremos de las guerras paralelas y secundarias y de las causas menos operativas y nos ceñiremos al conflicto central, que se desarrolló en sus cuatro actos como una tragedia, sin unidad de tiempo (1618-1648), de lugar (desde los Alpes al mar del Norte) ni de acción, aunque siguiendo ciertas directrices básicas que se mantienen a lo largo de todas las sinuosidades y repliegues de los acontecimientos y que influirán en la decisión final, en la redacción de los tratados de Westfalia. Podemos agruparlos en tres apartados: motivos religiosos, políticos y socioeconómicos.

Causas religiosas

Los motivos religiosos tiñeron fuertemente el conflicto, sobre todo en sus primeras fases, pero por sí solos no hubieran producido un estallido tan sangriento. La Paz de Augsburgo, decretada por el emperador Fernando I, hermano de Carlos V, en 1555, se basaba en el reconocimiento del luteranismo en un plan de igualdad con el catolicismo dentro de los límites del Imperio germánico. Se reconocía la libertad religiosa a los príncipes, no a los súbditos; éstos deberían someterse a la voluntad de su soberano, cuya religión sería la única oficial y reconocida; a los disidentes sólo se les reconocía el derecho al culto privado y a la

emigración. Un artículo de dicha Paz (el 5.º) decía así: *En cuanto un arzobispo, obispo, prelado u otro sacerdote abandone la antigua religión* (la católica) *deberá dejar inmediatamente su arzobispado, obispado, prelacía u otro beneficio con todas las rentas que lleva anejas.*

El caso se presentó, efectivamente, en más de una ocasión. La más grave, cuando el arzobispo de Colonia, Gebhard Truchsess, abandonó el catolicismo y contrajo matrimonio según el rito luterano, pretendiendo al mismo tiempo conservar su cargo. La importancia y riqueza del arzobispado y su proximidad a los Países Bajos daban especial gravedad a esta decisión; intervinieron las tropas españolas de Flandes y durante varios años se empeñó una guerra que terminó en 1589 con la rendición de la última de las fortalezas que poseía Truchsess y el reconocimiento del príncipe Ernesto, de confesión católica, como nuevo arzobispo. Este ejemplo ilustra acerca de cuán vivas se mantenían las discordias religiosas y cuán precario era el equilibrio establecido entre ambas confesiones.

No sólo católicos y luteranos se mantenían vigilantes, espadas en alto. Había un tercer factor que no había sido tenido en cuenta en la Paz de Augsburgo: el calvinismo, minoritario pero muy activo. Una serie de ciudades imperiales (verdaderas repúblicas independientes), algunas tan importantes como Bremen, lo había abrazado como religión oficial. También el Palatinado, estratégica región al oeste del Rin, en la vía que recorrían los ejércitos españoles desde el Norte de Italia hasta Flandes. Muchos prosélitos hizo el calvinismo en Bohemia y Hungría, tierras imperiales. Al quedar excluido de la Paz de Augsburgo se convertía en un factor de inestabilidad y descontento.

Por otra parte, en las cláusulas de dicha Paz subyacía la idea de estabilizar las relaciones entre las dos confesiones más poderosas, que seguirían odiándose pero mantendrían sus posiciones sin invadir las del adversario. De hecho (al contrario que el calvinismo) el luteranismo, muy subordinado a los príncipes temporales, se mostró conservador, poco expansivo y nada proselitista, como si se conformara con las conquistas realizadas.

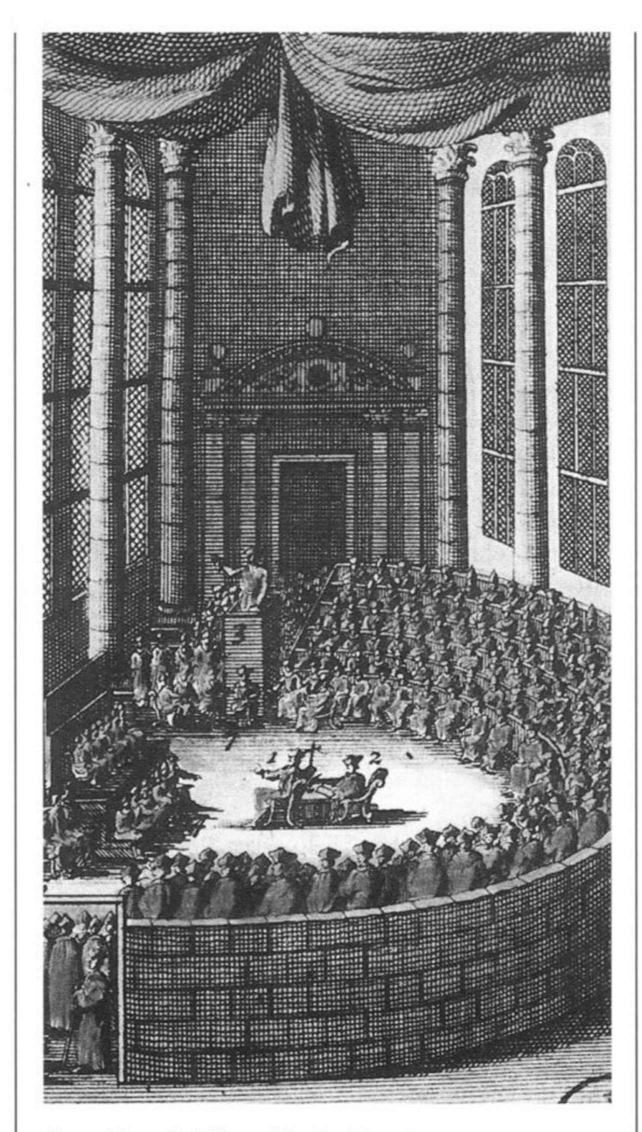
En cambio, la Iglesia católica reaccionó con un dinamismo que no habían sospechado los reformadores que, con harta precipitación, habían vaticinado su ocaso. En el concilio de Trento (1545-1563) predominó la tendencia intransigente representada por los obispos y teólogos italianos y españoles, cambiando el rumbo de aquella magna asamblea, que Carlos V había patrocinado como instrumento de concordia, hacia la ruptura definitiva con los movimientos reformadores.

Cuando el concilio terminó sus tareas, ya estaba en plena ofensiva la Compañía de Jesús, el instrumento más eficaz de la Contrarreforma; utilizaba técnicas novísimas, desconocidas por la anquilosada Iglesia tradicional; no olvidó ningún método, ningún frente de ataque, desde el tratado magistral a la cartilla para niños; colegios para la nobleza, ejercicios espirituales para la burguesía, misiones para el pueblo. Y como factor de prestigio. un desinterés y una rectitud personal que contrastaban con la mundanidad y corrupción del antiguo clero.

Los jesuitas no podían ejercer su proselitismo en los Estados que eran oficialmente protestantes; su campo de acción preferente fueron los países católicos del Sur de Alemania, y en especial los territorios patrimoniales de los Habsburgo: Austria, Bohemia, Hungría y otros menores, en los cuales, según la fórmula consagrada en Augsburgo *(cuius regio, eius religio.* Quien domina el territorio, impone la religión), los sucesores de Carlos V hubieran podido imponer el catolicismo como único culto autorizado, pero las circunstancias les forzaban a la tolerancia porque su autoridad era precaria, y una gran parte de la nobleza, convertida al luteranismo y al calvinismo, hubiera podido romper sus vinculos de fidelidad y vasallaje.

Sin llegar a tal extremo, bastaba que aquellos nobles poderosos, con influencia en sus Estados y en las Dietas o Parlamentos regionales, se mostraran reticentes en la concesión de ayudas militares y pecuniarias para que los soberanos tuvieran que transigir, porque los enemigos que les amenazaban, sobre todo en la frontera con los turcos, eran temibles.

Lo que los emperadores con su autoridad no podían conseguir lo obtuvo la militancia del clero católico: reconquis-



Asamblea del Concilio de Trento

tar para la antigua fe grandes extensiones del Sur de Alemania. No obstante, al comenzar el siglo XVII, ciudades y provincias enteras de Bohemia y de Hungría eran de sólida mayoría protestante; una situación que a los débiles o escépticos emperadores del XVI les inclinaba a la moderación y la transigencia; virtudes difíciles de practicar en aquellos tiempos sombríos y revueltos, en los que paralelamente a las luchas religiosas se extendía por toda Europa la caza de brujas, que en un siglo causó quizá cien mil víctimas, seis o siete veces más que la Inquisición española en tres siglos de existencia.

Basándose en esos principios de tolerancia y de impotencia, el emperador Rodolfo II concedió a los protestantes bohemios en 1609 una *Carta de Majestad* que les aseguraba amplia libertad religiosa con la condición de que llegaran a una unión. Pero las diversas confesiones protestantes —luteranos, calvinistas, hussitas, hermanos moravos— *sólo se ponían de acuerdo en el odio a los católicos* (2), y éstos, por su parte, se indignaron por tales concesiones. Estaba, pues, muy lejos de la pacificación el avispero bohemio, y en Hungría la situación no era mucho mejor. Tal era el panorama cuando, en 1617, Fernando de Estiria, discípulo de los jesuitas, que había recatolizado por medios violentos sus dominios patrimoniales, fue designado sucesor de Matías en el reino de Bohemia y la corona imperial.

Causas políticas

Sólo por un artificio lógico, en aras de la claridad expositiva, pueden disociarse los motivos religiosos de los políticos en la Alemania del XVI-XVII. Tan confusos eran los principios de Derecho Público por los que se regía, tan unidos a las cuestiones confesionales, que no es fácil presentar un panorama inteligible al lector actual de lo que era el *laberinto alemán.* Lo intentaremos procediendo a simplificaciones ineludibles y sacrificando todo lo que no sea esencial.

El Imperio germánico era una supervivencia medieval sin analogía posible con los Estados que estaban desarrollándose en Europa. Pufendorf lo calificó de *irregulare aliquod corpus et monstro similem* (3), pues no podía asimilarse a ninguno de los modelos estatales clásicos. Era un conjunto de principados laicos y eclesiásticos y ciudades libres con unas rudimentarias instituciones comunes y un emperador, título más honorífico que efectivo.

Aunque siguió llamándose *Sacro Imperio,* la división religiosa vació de significado este título; Carlos V fue el último emperador consagrado por un papa. Su idea central: restaurar la unidad religiosa y política de Alemania, terminó en un completo fracaso. Tampoco había conseguido transmitir a su hijo Felipe la totalidad de su herencia; sus Estados patrimoniales de Austria, con el reino de Bohemia y lo poco que los turcos habían dejado subsistente del reino de Hungría fueron para su hermano Fernando. Desde entonces hubo una rama austríaca de los Habsburgo, mucho más débil que la rama española, de la cual dependía de alguna manera y de la que recibía subsidios.

Una parte de la plata americana iba a la corte de Viena (o de Praga, que también tenía rango de capitalidad) por intermedio de los embajadores españoles. B. Chudoba ha puesto de manifiesto cuán decisivo fue el papel del conde de Oñate en la génesis de la Guerra de los Treinta Años. No sólo facilitó fondos, sino que él dispuso directamente de ellos para la preparación de acciones bélicas (4).

Esta dependencia de los Habsburgo austríacos no sólo se explica por los vínculos familiares y por el escaso relieve de los representantes de la dinastía; era también una consecuencia natural de su falta de autoridad, que los colocaba en el polo opuesto al poder absoluto de que Felipe II disfrutaba en sus Estados.

No solamente los príncipes imperiales, fuesen católicos o protestantes, eran opuestos a un poder imperial sólido que podía amenazar su independencia; incluso dentro de sus dominios patrimoniales su autoridad era contestada. La porción sur (Austria propiamente dicha, Tirol, Carintia y Estiria) era la mejor controlada, pero en Hungría, donde la nobleza era en su mayoría protestante y el pueblo poco amigo de los alemanes, su autoridad era más bien ilusoria, contribuyendo a ello la amenazadora vecindad de los turcos, que dominaban la mitad del país y reclamaban una especie de protectorado sobre la porción oriental (Transilvania). Sólo en la estrecha franja occidental, antemural de Viena, era efectivo el dominio imperial.

A diferencia de Hungría, el reino de Bohemia-Moravia estaba integrado dentro del conjunto del Sacro Imperio. Varios emperadores mostraron su predilección por él. Rodolfo II, por ejemplo, residió casi constantemente en Praga. Pero, a la vez, Bohemia era una fuente continua de conflictos. Estaba muy celosa de sus viejas libertades, representadas por un Parlamento con atribuciones para conceder o negar tributos. Su nobleza era poderosa e inquieta. Situada en la frontera de dos razas, alemanes y eslavos convivían sin apreciarse en el suelo bohemio, y las divisiones religiosas acentuaban estas tensiones. No es, pues, de extrañar que allí saltara la chispa que hizo volar por los aires el polvorín.

Una coyuntura tan difícil requería gobernantes con dotes que no poseían los sucesores de Carlos V. Aunque el Imperio seguía siendo electivo, se mantuvo la tradición de que recayera en miembros de la familia Habsburgo. A Fernando, hermano de Carlos V, sucedió Maximiliano II (1564-1576), soberano indeciso que no opuso ninguna barrera eficaz a la propagación del protestantismo.

Muy distinto era el talante de Rodolfo II (1576-1612), educado en España en los principios de la Contrarreforma. Pero con el correr de los años aumentó su tendencia a la misantropía y el retraimiento. Encerrado en el castillo de Hradcany (Praga), donde se rodeó de alquimistas y astrónomos, obsesionado por las ciencias ocultas, descuidó las tareas de gobierno, que al fin hubo de ceder a su hermano Matías, (1612-1619). Ni uno ni otro tuvieron sucesión directa.

Sabido es cuán decisivas podían ser las cuestiones dinásticas en el Antiguo Régimen. Cuando la nobleza bohemia tomó conciencia de lo que para su *status* político y religioso representaría el inminente advenimiento al trono del intransigente Fernando de Estiria, apoyado por España, decidió negar la obediencia a la dinastía católica y proclamar soberano al elector del Palatinado Federico V, de confesión calvinista. Ahora bien, España no podía consentir una evolución semejante, y no sólo porque se consideraba tutora de los Habsburgo alemanes y defensora del catolicismo, sino porque el Palatinado estaba situado en la ruta imperial Milán-Flandes.

Causas socioeconómicas

A su vez, Francia no podía consentir que con pretextos religiosos España se apoderara de una comarca situada en su frontera Este, completando un *camino de ronda* (la expresión es de G. Parker) que para ella significaba un verdadero cerco. De esta manera se preparaba la transformación de un conflicto religioso y accesoriamente político en otro político y secundariamente religioso, en el que el rasgo fundamental no sería la contraposición Catolicismo-Protestantismo sino Borbones-Habsburgos.

Más que las causas han llamado la atención de los historiadores las terribles consecuencias económicas de



Federico V del Palatinado y su esposa (por Adriaen van der Venne, Rijksmuseum, Amsterdam)

aquel conflicto. Existieron, sin embargo, aunque no sea tan fácil identificarlas como a las religiosas y las políticas.

No puede ser casual que su desencadenamiento coincida con una fase recesiva muy pronunciada. La crisis general del siglo XVII no se deslizó por una pendiente uniforme, sino que traspuso una serie de umbrales o peldaños separados entre sí por espacios de unos veinte años: 1580, 1600, 1620, 1640. La relación entre los comienzos de la Guerra de los Treinta Años y el escalón de 1620 (considerado como aquel en que la crisis se generaliza a todo el continente) parece más que probable.

Pasando de las generalidades a los hechos concretos, nos hallamos una vez más ante la situación reinante en Bohemia: una población campesina enfrentada a la aristocracia terrateniente; una baja nobleza cuya escasa capacidad económica la situaba en dependencia de la aristocracia o del soberano; una burguesía carente de fuerza política y de identidad nacional, mezcla de eslavos, germanos y judíos, incapaz de proporcionar programa y liderazgo a una posible revolución social.

Dentro de este contexto se explica que la destrucción de la aristocracia protestante de Bohemia-Moravia como consecuencia de la guerra dejara indiferentes a las masas profundas de la población, aunque con ella también se hundieron el protestantismo y la libertad política del reino de san Wenceslao.

Mucho más claras son las motivaciones económicas de la segunda fase de aquella guerra, se relacionan con el intento de España de provocar la asfixia comercial de Holanda en su punto más sensible: el comercio del Báltico (5). Esta tentativa fue la que provocó la extensión del conflicto más allá de sus límites primitivos, involucrando al reino de Dinamarca y provocando la ulterior intervención de Suecia.

Pero estos desarrollos ulteriores del gigantesco conflicto caen fuera de los límites que nos hemos trazado. Tampoco es posible consagrar más que una mera alusión a otro de los factores socioeconómicos más destacados: la abundancia de aventureros, vagabundos, marginados de toda laya, incluyendo auténticos criminales, que se enrolan en los ejércitos (se da la cifra de cien mil para el que

reclutó Wallenstein) y que fueron los responsables de los terribles sufrimientos de una población entregada a las violencias de una soldadesca que no distinguía apenas entre amigos y enemigos.

NOTAS

(1) P. Chaunu, *La civilisation de l'Europe classique*, París, 1970, página 92.

(2) G. Pagés, *La Guerre de Trente Ans,* París, 1949, página 40.

(3) *Organismo irregular y monstruoso* («De Jure Naturae et Gentium libri octo», 1673).

(4) *España y el Imperio,* Traducción española, Madrid, 1962.

(5) Aspecto estudiado con exhaustiva documentación por José Alcalá-Zamora y Queipo de Llano en *España, Flandes y el Mar del Norte (1618-1639),* Barcelona, 1975.

Fases y principales operaciones

Por Geoffrey Parker

Profesor de Historia Moderna. Ohio State University

Cuando en octubre de 1619 Federico V del Palatinado entró en la ciudad de Praga y fue coronado rey de Bohemia por los Estados rebeldes, estaba a punto de caer atrapado en la tela de araña urdida por sus enemigos católicos.

La alianza entre el emperador, el rey de España, el duque de Baviera y los archiduques contaba con un respaldo generalizado. Llegaban subsidios de Roma y Génova, Toscana y Polonia enviaban tropas e, igualmente peligroso, los Estados partidarios de la causa de Federico habían aceptado mantener una actitud neutral. La diplomacia española apartó a Inglaterra de la guerra, mientras que los esfuerzos franceses convencieron a la Unión Evangélica para que no se embarcara en la aventura bohemia de su líder. La República holandesa tampoco hizo nada.

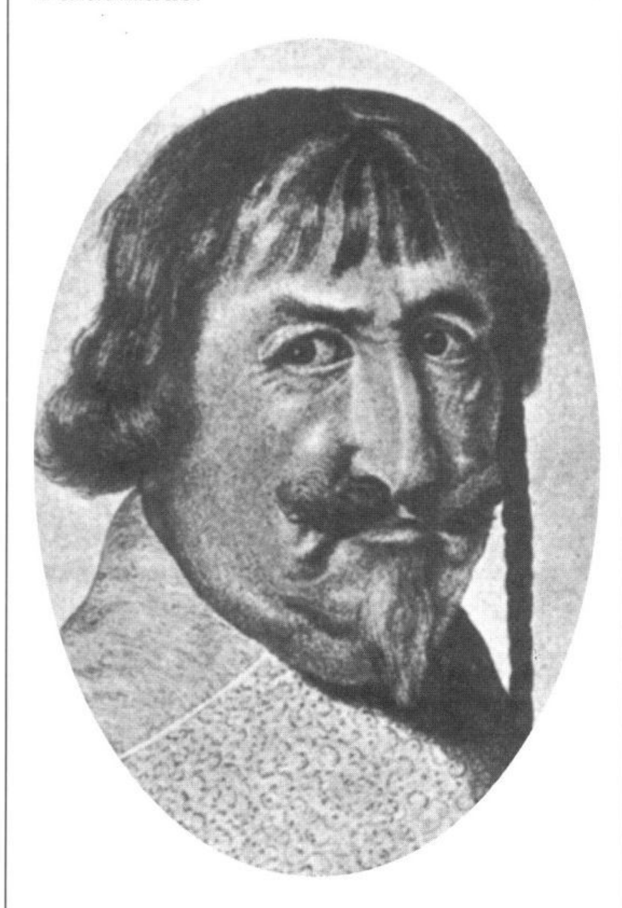
Así, en 1620, un ejército español cruzó los Países Bajos y ocupó el Palatinado renano, al tiempo que los ejércitos del emperador y de la Liga Católica, con contingentes españoles e italianos, invadían el solar de la rebelión. El 20 de diciembre, en la primera batalla significativa de la guerra, la Montaña Blanca, a las afueras de Praga, las fuerzas de Federico fueron derrotadas. El infortunado príncipe huyó hacia el Norte, abandonando a sus súbditos a la voluntad de su legítimo y victorioso monarca: el emperador Fernando II.

Fue una victoria total y podría haber sido definitiva si no se hubiera complicado la situación en los Países Bajos. En abril de 1621 debía expirar la *Tregua de los doce años* entre España y la República holandesa, sin que ninguna de las partes mostrara la menor disposición para renovarla. Así, con objeto de prevenir la amenaza de un ataque combinado de los Habsburgo españoles y austríacos, los holandeses decidieron conceder asilo al derrotado Federico y proporcionarle ayuda diplomática y militar.

El título de elector

En 1622 y de nuevo en 1623, Federico armó ejércitos con dinero holandés, pero fueron derrotados y, aún peor, tras ser destrozados huyeron a los Países Bajos, siendo perseguidos por las fuerzas católicas. Empezó entonces a considerarse que era inevitable una invasión conjunta de la República por parte de los Habsburgo.

La posición política del emperador, sin embargo, se debilitó considerablemente a lo largo de 1623. Las impresionantes victorias de sus ejércitos en el campo de batalla habían sido posibles gracias al masivo apoyo financiero y militar de la Liga Católica, controlada por Maximiliano de Baviera. Fernando II, a pesar de los subsidios españoles y del Papa, sólo podía mantener 15.000 hombres a sus expensas, mientras que la Liga le proporcionaba unos 50.000. Ahora, vencidos todos los enemigos comunes, Maximiliano reclamaba su recompensa: eran las tierras y el título de elector del proscrito Federico del Palatinado.



Christian IV de Dinamarca, uno de los reyes más ricos de la época

El otro gran aliado de Fernando, España, advirtió sobre las graves consecuencias que acarrearía acceder a tal demanda. Pero en 1622 murió Baltasar de Zúñiga, el astuto ministro español, y nadie en Madrid, y mucho menos el conde-duque de Olivares, su sucesor, tenía experiencia en asuntos alemanes, por lo que en enero de 1623 el emperador se sintió capaz de proceder a la investidura de Maximiliano como elector del Palatinado.

Zúñiga estaba en lo cierto. La transferencia del título de elector provocó un enorme escándalo, ya que era claramente inconstitucional. Según la Bula de Oro de 1356, considerada por todos en Alemania como la ley fundamental e inmutable del Imperio, el título de elector debía mantenerse a perpetuidad en la casa del Palatinado. La transferencia de 1623 minaba, pues, seriamente la piedra angular de la Constitución, para muchos única salvaguarda verdadera contra el poder absoluto.

Los políticos del siglo XVII (entre otros) estaban obsesionados por la necesidad de respetar la ley: los estudios jurídicos constituían, después de la teología, la carrera intelectual más generalizada en Europa. Las implicaciones legales de la transferencia del título de elector fueron, por tanto, ampliamente discutidas y condenadas.

En Alemania se inició una guerra de opúsculos contra Maximiliano y Fernando; en el extranjero, la simpatía hacia Federico sustanció, por fin, ese cuerpo internacional de apoyo del que había carecido hasta entonces. Los holandeses y los exilados del Palatinado no hallaron dificultades para establecer una alianza que involucraba a Francia, Inglaterra, Saboya, Suecia y Dinamarca con el objetivo de restaurar a Federico en sus tierras y títulos perdidos. Su líder era Christian IV de Dinamarca, uno de los gobernantes más ricos de la cristiandad, quien vislumbró una posibilidad de extender su influencia en Alemania septentrional con la excusa de *defender la causa protestante*. La invadió en junio de 1625.

Desafortunadamente para Christian, la campaña diplomática protestante no había pasado desapercibida. El comandante en jefe de Maximiliano, conde Tilly, advirtiendo que sus tropas podrían no ser suficientes para enfrentarse a un ejército de coalición. pidió refuerzos al emperador. Fernando accedió y, en la primavera de 1625, autorizó a Albrecht von Wallenstein, gobernador militar de Praga, la recluta de un ejército imperial de 25.000 hombres para dirigirse al Norte a hacer frente a la amenaza danesa.

El avance de Wallenstein forzó la retirada de Christian y cuando, en 1626, los daneses atacaron de nuevo fueron

derrotados en la batalla de Lutter. Los ejércitos de Tilly y Wallenstein, unidos, persiguieron a los vencidos hacia el Norte. Primero, ocuparon las tierras de los gobernantes alemanes que habían apoyado la invasión, después conquistaron el solar danés. Christian firmó la paz en 1629, comprometiéndose a no intervenir nunca más en el Imperio. Hacía tiempo que sus aliados habían abandonado la lucha.

Si la batalla de la Montaña Blanca dejó a los rebeldes bohemios en las garras del emperador, la de Lutter le entregó a los partidarios alemanes de esos rebeldes. Después de estas victorias, Fernando puso en práctica nuevas directrices políticas orientadas a exaltar la religión católica y su propia autoridad. En las provincias habsburguesas se realizaron numerosas confiscaciones de tierra —aproximadamente dos terceras partes del reino de Bohemia cambiaron de manos entre 1620 y 1630— y surgió una nueva clase de terratenientes leales, como Wallenstein. Al mismo tiempo se recortó el poder de los Estados y la libertad de culto para los protestantes fue restringida (en algunos territorios) o abolida (en la mayoría de ellos).

Ni la importante rebelión que en Austria del Norte provocó la persecución de los protestantes en 1626 consiguió que Fernando cambiara de criterio. Fortalecido por su éxito en tierras habsburguesas, decidió aplicar esa misma política en el Imperio. Para empezar, los señores desleales fueron sustituidos (el Palatinado para Maximiliano; Mecklemburgo para Wallenstein...). Después, se arbitraron medidas para reclamar las tierras de la Iglesia que habían caído en manos protestantes.

Al principio se hizo de forma poco sistemática, pero en marzo el *Edicto de Restitución* declaró unilateralmente que todas las tierras de la Iglesia secularizadas desde 1555 debían ser devueltas de inmediato, que el calvinismo era un credo ilegal en el Imperio y que los príncipes eclesiásticos tenían el mismo derecho que los seculares para exigir a sus súbditos que profesaran la misma religión de su soberano.

Esta última cláusula contravenía claramente los términos de la *Paz de Augsburgo* que los protestantes consideraban pilar central de la Constitución. No hubo, sin embargo, oportunidad para discutir, pues el edicto imperial entró en vigor inmediatamente y fue aplicado con brutalidad por los ejércitos de Tilly y Wallenstein, que ahora sumaban 200.000 hombres.

Los habitantes del Imperio parecieron amenazados por un poder arbitrario contra el que no tenían defensa. Fue una vez más este miedo, hábilmente explotado por los propagandistas protestantes, el que impidió el fin de la guerra en Alemania tras la derrota de Dinamarca en 1629.

Maximiliano de Baviera deseaba el título de elector como recompensa por su ayuda a Fernando. España, por su parte, reclamaba ayuda militar contra los holandeses. Al no recibir respuesta a sus reiteradas peticiones de una invasión directa por los ejércitos católicos (debido fundamentalmente a la oposición bávara), España empezó a pensar en la creación de una marina báltica, con asistencia imperial, que limpiara ese mar de barcos holandeses y asestara un rudo golpe a la economía de la República.

El plan no prosperó, pues en 1628 el ejército imperial no consiguió conquistar el puerto de Stralsund, seleccionado como base de la nueva flota. Derrotados los daneses, Madrid abogó de nuevo por el préstamo de un ejército imperial y esta vez la petición fue atendida. Sin embargo, las tropas no se dirigieron a los Países Bajos, sino a Italia.

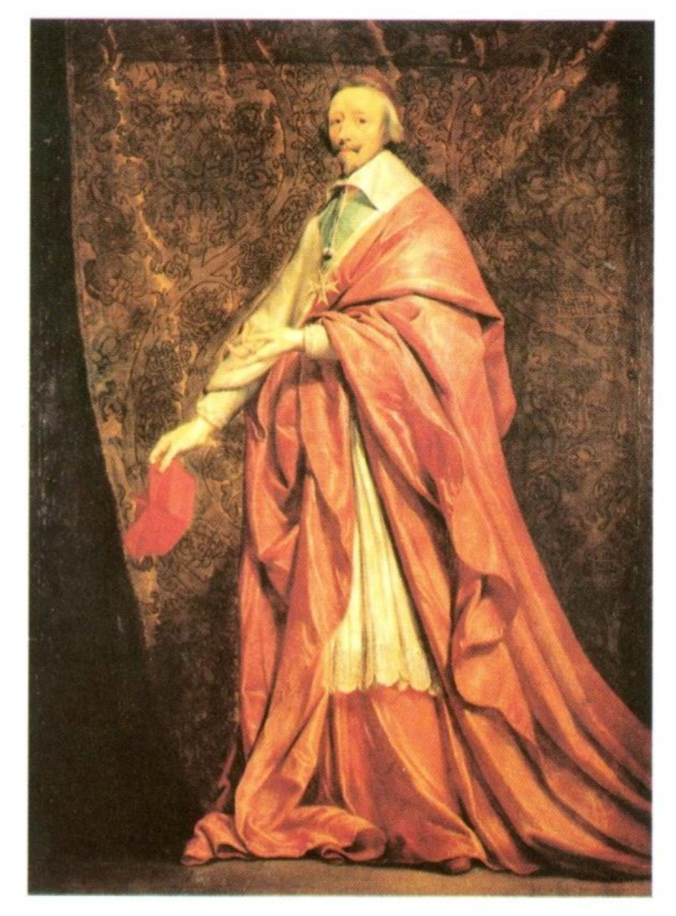
En diciembre de 1627, la muerte del último señor natural de los estratégicos Estados de Mantua y Montferrato provocó en Italia un peligro que los españoles no podían ignorar y tentaciones que fueron incapaces de resistir. Para anticiparse a otras intervenciones, las fuerzas españolas lanzaron una invasión desde Lombardía, mientras las guarniciones de esos territorios se declaraban partidarias del duque de Nevers, pariente francés del fallecido duque.

Nevers carecía de recursos para enfrentarse en solitario a las fuerzas españolas y solicitó ayuda a Francia. En ese momento, Luis XIII y Richelieu se hallaban ocupados en una lucha desesperada contra sus súbditos hugonotes y, sólo tras la derrota de éstos, pudieron el rey y el ministro cruzar el monte Cenis y entrar en Italia.

Para responder a este reto, el emperador mandó sus tropas a Italia y no a

los Países Bajos. Cuando en 1630 Luis XIII dirigió una nueva invasión, 50.000 soldados imperiales estaban preparados para hacerle frente. Quedaba así en tablas la guerra de Mantua, pero libre de peligros la República holandesa.

Gustavo Adolfo de Suecia, que se había pasado gran parte de la década en guerra contra Polonia, eligió este momento para iniciar su intervención en Alemania. A pesar de la derrota de Dinamarca y sus aliados, su posición bélica era mucho más favorable que la de Christian IV cinco años antes.



El cardenal Richelieu (por Philipe de Champaigne, Museo del Louvre, París)

Gustavo no tenía ya que enfrentarse a dos ejércitos como Christian, sino sólo a uno, pues en verano de 1630 los católicos alemanes aliados del emperador, dirigidos por Maximiliano de Baviera, exigieron la destitución de Wallenstein y una reducción drástica de su costoso ejército. Fue un *ultimatum* que Fernando, con el grueso de sus fuerzas retenidas en Italia, no pudo ignorar, aun a sabiendas de que perdía los servicios del único hombre capaz de retener las ganancias imperiales de la década anterior y de unir Alemania bajo una monarquía fuerte.

En cambio, el emperador y sus aliados alemanes se mantuvieron unidos acerca del *Edicto de Restitución:* aquí no habría concesiones ni se restituirían las tierras arrebatadas. Por esta razón, los protestantes germanos se vieron abocados a los brazos de Suecia, cuyo ejército había aumentado gracias a la ayuda de los subsidios garantizados por Francia y Holanda.

En septiembre de 1631, Gustavo se sintió por fin con suficientes fuerzas como para medirse con el emperador en el campo de batalla: en Breitenfeld, al norte de Leipzig, en Sajonia, consiguió una victoria total. Las huestes sueco-protestantes recorrieron gran parte de Alemania central y Bohemia en el invierno de 1631-1632 y al siguiente verano ocuparon Baviera.

Un gran ejército cruzó los Alpes desde Lombardía y se unió a las fuerzas imperiales en la importante batalla de Nördlingen. Esta vez los suecos fueron vencidos por completo y se vieron obligados a retirar sus fuerzas de toda la Alemania meridional.

¿Qué había perseguido Suecia con su dramática intervención? Ciertamente le guiaba el deseo de defender la causa protestante en Alemania y de restaurar a los príncipes depuestos en sus tronos, pero, sobre todo, el temor de que si los protestantes resultaban derrotados, los imperiales pudieran convertir el Báltico en un lago habsburgués e incluso invadir Suecia.

El Gobierno de Estocolmo luchó, por tanto, para conseguir un acuerdo que atomizara el Imperio en un revoltijo de Estados débiles e independientes, incapaces de amenazar la seguridad de Suecia y su dominio del Báltico. Más aún, para garantizar esta fragmentación, Oxenstierna deseaba transferir a su país la soberanía sobre algunas áreas estratégicas del Imperio —en particular, Pomerania, en la costa del Báltico, y el Electorado de Mainz, en el Rin—. Por supuesto, éstos no eran, en absoluto, los objetivos de los aliados alemanes de Suecia, quienes deseaban volver a la situación anterior a la guerra —donde por cierto no había lugar para Suecia— y estaban decididos

para conseguirlo a llegar a un acuerdo por separado con el emperador.

Tan pronto como se tuvo noticia de la muerte de Gustavo Adolfo, el elector de Sajonia, como *el más destacado príncipe luterano del Imperio,* mandó a Viena emisarios que negociaran la paz. Al principio, Juan Jorge se mostraba inflexible en cuanto a la necesidad de abolir el *Edicto de Restitución* y de asegurar una completa amnistía para todos como condiciones previas a cualquier acuerdo. Pero la victoria imperial en Nördlingen suavizó sus demandas.

Desapareció la amnistía para Federico V y aceptó que el Edicto se aplicara a todas aquellas áreas recuperadas por las fuerzas católicas antes de noviembre de 1627 (esto significaba, en términos generales, todas las tierras al sur del Elba, pero no el corazón de las tierras luteranas: Sajonia y Brandemburgo.

El elector habría estado dispuesto a mayores concesiones si en el invierno de 1634-1635 las tropas francesas no hubieran empezado a concentrarse a lo largo de las fronteras con Alemania. Como observó el nuncio papal en Viena: *Mentre si vedono entrare nella Germania i Franzesi, l'imperatore sarà forzato ad abbraciar la pace con Sassonia con quelle conditione che potrà* (Si los franceses entran en Alemania, el emperador se verá forzado a aceptar la paz con Sajonia en las condiciones que pueda).

Así se firmó la paz de Praga entre el emperador y los sajones, en mayo de 1635, y en el plazo de un año muchos luteranos alemanes cambiaron la alianza con Estocolmo por la de Viena. Pero ello no significó el fin de la guerra.

Este acuerdo llevó a muchos alemanes a buscar una paz general. Ciertamente, el agotamiento de muchas áreas del Imperio era un poderoso incentivo para terminar la guerra. Por ejemplo, la población del Estado luterano de Württemberg, ocupado por los imperiales entre 1634 y 1638, disminuyó de 450.000 a 100.000 habitantes y las pérdidas materiales se estimaron en 34 millones de táleros.

Mecklemburgo y Pomerania, ocupados por los suecos, habían sufrido en la misma proporción. Incluso una ciudad como Dresde, que no fue asediada, vio cómo su balance demográfico pasaba de 100 entierros por cada 121 bautismos en la década de los veinte a 100 entierros por cada 39 bautismos en la de los treinta.

Durante una visita a Alemania en 1636, William Harvey, el médico inglés que descubrió la circulación de la sangre, escribió sobre *la necesidad que tienen aquí de firmar la paz bajo cualquier condición, pues no hay más medios para hacer la guerra y escasean las subsistencias... Esta guerra en Alemania... amenaza al final con anarquía y confusión.*

Hubo varios intentos de convertir la paz de Praga en un acuerdo general. Durante una reunión de electores celebrada en Regensburgo en 1636-1637, Fernando II aceptó conceder su perdón a cualquier príncipe que se le sometiera y prometió iniciar conversaciones con las potencias extranjeras para tantear los términos de la paz, aunque su muerte, ocurrida inmediatamente después de la reunión, abortó esas iniciativas. También resultaron vanos los esfuerzos del papa Urbano VIII por convocar una conferencia de paz en Colonia.

Entonces, en 1640, el nuevo emperador Fernando III reunió a la Dieta Imperial (por vez primera desde 1613) para buscar, al menos, solución a los problemas alemanes: la amnistía y la restitución de las tierras de la Iglesia. No tuvo éxito y tampoco pudo impedir que, primero, Brandemburgo (1641) y, luego, Brunswick (1642) firmaran la paz por separado con Suecia. La dificultad de estos intentos de paz estribaba en que ninguno resultaba aceptable para Francia y Suecia y que, sin ellas, no podía establecerse ningún acuerdo duradero.

Después de la paz de Praga se produjo un cambio en la naturaleza de la Guerra de los Treinta Años. De una lucha que enfrentaba principalmente al emperador con sus propios súbditos y que contaba con alguna ayuda extranjera, se pasó a una lucha del emperador contra gobernantes extranjeros, cuyos partidarios alemanes eran, en su mayoría, escasos en número y de recursos limitados.

Suecia, como se ha indicado más arriba, tenía objetivos muy claros y consistentes para participar en la guerra: asegurarse algunas bases en el Imperio, como garantía de su influencia en la era posbélica y como recompensa por acudir en ayuda de los protestantes, y crear un sistema de fuerzas en



Avance de las tropas de Wallenstein hacia Eger —actual Cheb, Bohemia— al comienzo de la Guerra de los Treinta Años (por Piloty, *La Ilustración Artística*, 1896)

Alemania que impidiera para siempre el dominio de un solo poder.

Si se conseguían estos propósitos, Oxenstierna estaba dispuesto a retirarse. En este sentido había manifestado: *Debemos dejar este negocio alemán a los alemanes, que serán los únicos capaces de obtener algún beneficio (si es que lo hay) y, por tanto, no gastar más hombres ni dinero, sino tratar por todos los medios de escabullirnos hábilmente.*

¿Cuál era la mejor forma de alcanzar estos objetivos? Al principio, Oxenstierna intentó organizar una asociación de Estados protestantes, bajo protección sueca, que pudiera entablar negociaciones con el emperador. Pero la *Liga de Heilbronn,* como se la conoció, no sobrevivió a la batalla de Nördlingen y a la paz de Praga. Se hizo necesario encontrar una fuente alternativa de apoyo y la única posible era Francia.

En febrero de 1636, Oxenstierna firmó un acuerdo con Richelieu, primer ministro de Luis XIII, y en octubre Francia declaró la guerra al emperador. Sin embargo, los objetivos de los aliados eran completamente distintos. Richelieu estaba profundamente involucrado en un conflicto contra los Habsburgo españoles —la declaración formal de guerra se hizo en mayo de 1635, el mismo mes de la paz de Praga— y esa lucha le importaba muchísimo más.

Francia deseaba derrotar a España, su rival durante un siglo, y sus primeras campañas en Alemania pretendían impedir que Fernando enviara ayuda a sus primos españoles antes que imponer una solución borbónica en ese país.

Al principio, Suecia evitó un compromiso firme con Francia para dejar expedito el camino a una paz por separado si la situación militar mejoraba tanto que permitiese el logro de sus objetivos. Pero la guerra no discurría en favor de los aliados. Las fuerzas francesas y suecas, operando cada una por su lado, fracasaron en su intento de invertir el veredicto de Nördlingen y, en 1641, Oxenstierna tuvo que abandonar sus pretensiones de independencia y comprometerse con Francia. Por el tratado de Hamburgo ambos bandos aceptaban no firmar una paz por separado. En cambio se propi-

ciaría una negociación conjunta con el emperador y los príncipes alemanes en las ciudades de Münster y Osnabrück, en Westfalia. Mientras estas conversaciones tenían lugar se realizarían acciones militares conjuntas.

El tratado de Hamburgo creó una coalición capaz de destruir tanto el poder de Fernando III (que había sucedido a su padre como emperador en 1637) como el de Maximiliano de Baviera. Al final, Francia atacó a Baviera y Suecia se enfrentó con el emperador, aunque con un considerable intercambio de fuerzas y una estrategia cuidadosamente coordinada.

En 1642, el ejército de los Habsburgo fue derrotado en Sajonia, en otra batalla en las afueras de Leipzig, y el emperador se salvó de una derrota mayor gracias al estallido de la guerra entre Suecia y Dinamarca (mayo de 1643-agosto de 1645). Pero, incluso antes de la rendición de Dinamarca, los suecos volvieron a Bohemia y en Jankow (6 de marzo de 1645), destruyeron por completo a otro ejército imperial.

El emperador y su familia huyeron a Graz mientras los suecos avanzaban hacia el Danubio y amenazaban Viena. Se enviaron también refuerzos para auxiliar la campaña francesa contra Baviera y, en agosto, las fuerzas de Maximiliano fueron derrotadas definitivamente en Alerheim.

Jankow y Alerheim fueron dos de las batallas decisivas de la guerra, porque destruyeron todas las posibilidades imperiales de obtener un acuerdo de paz favorable. En septiembre de 1645, el elector de Sajonia firmó una paz separada con Suecia y, tal como habían hecho Brandemburgo y Brunswick, se retiró de la guerra. Mientras tanto, en la conferencia de paz que ahora celebraba sus sesiones en Westfalia, la delegación imperial comenzó a hacer mayores concesiones. Oxenstierna observó con satisfacción que, desde Jankow, *el enemigo empieza a hablar más educada y agradablemente.* Confiaba en que la paz estaba a la vuelta de la esquina, pero se demoró otros tres años.

Firmar la paz, 1648

Ciento noventa y cuatro gobernantes europeos, grandes y pequeños, estuvieron representados en el Congreso de Westfalia y las conversaciones se desarrollaron sin interrupción desde la primavera de 1643 hasta el otoño de 1648. Con tantos participantes y tan prolongadas negociaciones es difícil resumir su evolución, pero podría afirmarse que los problemas más relevantes se plantearon en dos fases. En la primera, que duró desde noviembre de 1645 a junio de 1647, el jefe de la delegación imperial, conde Maximiliano Trauttmannsdorf, halló solución para muchas cuestiones. Durante la segunda, que se desarrolló hasta la firma efectiva de los tratados de paz en octubre de 1648, Francia intentó boicotear los acuerdos a los que se había llegado previamente.

Los asuntos propiamente alemanes se resolvieron primero, en parte, porque estaban ya en vías de solución y, en parte, porque los negociadores extranjeros comprendieron que era mejor (en palabras del delegado francés) *colocar primero sobre la mesa las cuestiones relacionadas con la paz pública y las libertades del Imperio... porque si los gobernantes alemanes todavía no desean verdaderamente la paz, sería... lesivo para nosotros que las negociaciones se rompieran a causa de nuestras demandas particulares.*

Así, en el curso de 1645-46, con la ayuda de la mediación francesa y sueca, se garantizó a los señores territoriales un amplio grado de soberanía *(Landeshoheit),* se proclamó una amnistía general para todos los príncipes alemanes, se creó un octavo electorado para el hijo de Federico V (para que tanto él como Maximiliano poseyeran la codiciada dignidad), se abandonó definitivamente el *Edicto de Restitución* y se garantizó la tolerancia oficial para el calvinismo en el Imperio.

Estos dos últimos puntos fueron motivo de agrias discusiones y provocaron la escisión en dos bloques de los representantes alemanes en el Congreso: el *corpus catholicorum* y el *corpus evangelicorum.* Ninguno era monolítico ni estaba completamente unido y, de hecho, los católicos se dividieron entre los que estaban dispuestos a hacer mayores concesiones en favor de la paz y los que no lo estaban.

Una coalición de protestantes y católicos pragmáticos consiguió por fin que se aceptase una fórmula que reconocía como protestantes todas aquellas tierras en manos seculares desde el 1



Gustavo Adolfo de Suecia (retrato ecuestre hacia 1630, obra atribuida a Albert Cuyp)

de enero de 1624 y garantizaba la libertad de culto a las minorías religiosas donde éstas hubieran existido desde la misma fecha. El acuerdo de Augsburgo de 1555 quedaba así completamente arrumbado y se convino que cualquier cambio en la nueva fórmula sólo podría ser adoptado mediante el *acuerdo amigable* del bloque protestante y del católico. No bastaría, por tanto, una mayoría simple.

El *acuerdo amigable* fue aceptado finalmente por todas las partes a principios de 1648, con lo que se resolvieron los problemas alemanes. Que éste no produjera una paz inmediata se debió a la dificultad de satisfacer a las potencias extranjeras involucradas. Aparte de Francia y Suecia, los delegados de la República holandesa, de España y otros muchos participantes en la guerra pugnaban por asegurarse el mejor resultado posible.

La guerra en los Países Bajos fue la primera en terminar. En enero de 1648, Felipe IV de España firmó una paz que reconocía la independencia de la República holandesa y aceptaba liberalizar el comercio entre los Países Bajos y el mundo ibérico. El Gobierno francés, dirigido ahora por el cardenal Giulio Mazzarini (o Mazarino), se opuso agriamente a este acuerdo que permitiría a España desplegar sus fuerzas en los Países Bajos contra Francia, de modo que dedicó sus mejores esfuerzos a perpetuar la guerra en Alemania. Aunque Mazarino había ya firmado un *acuerdo preliminar* con el emperador en enero de 1646, por el que se entregaba parte de Alsacia y de Lorena a Francia, en 1647-48, otro ejército bávaro fue destruido en Zusmarshausen, cerca de Nördlingen, y las tierras de Maximiliano fueron ocupadas de nuevo.



Albrecht von Wallenstein

Pero dos sucesos desbaratarían los deseos de Mazarino de seguir luchando. Por un lado la presión de la guerra sobre los contribuyentes franceses creó tensiones que, en junio de 1648, estallaron en la revuelta de La Fronda. Por otro, el gran aliado de Francia, Suecia, firmó una paz por separado con el emperador.

El Gobierno de Estocolmo, todavía dirigido por Oxenstierna, recibió el ofrecimiento de media Pomerania, la mayor parte de Mecklenburgo, los obispados secularizados de Bremen y Verden, un asiento en la Dieta Imperial y el compromiso por parte de los territorios del Imperio del pago de cinco millones de táleros al ejército sueco en concepto de salarios atrasados.

Con unas ganancias tan sustanciosas y con una Alemania tan postrada que eliminaba cualquier riesgo de un nuevo ataque imperial, había llegado el momento de *escabullirse hábilmente de la guerra*. Así pues, la paz se firmó el 6 de agosto.

Sin Suecia, Mazarino se dio cuenta de que Francia *necesitaba firmar la paz a la primera oportunidad,* e informó a sus representantes en el Congreso: *Es casi un milagro que podamos mantener nuestros asuntos e incluso hacerlos prosperar, pero la prudencia dicta que no debemos confiar en que este milagro dure mucho tiempo.*

Mazarino negoció con el emperador a cambio de la entrega de una serie de derechos y territorios en Alsacia y Lorena y poco más. Sin embargo, podía darse por satisfecho. Cuando la tinta se secó en el tratado final del 24 de octubre de 1648, el emperador estaba firmemente excluido del Imperio y había jurado no proporcionar más ayuda a España. Mazarino podía dedicarse a ganar su guerra contra Felipe IV.

La derrota de España

Por José Alcalá-Zamora
Catedrático de Historia Moderna. Universidad Complutense de Madrid

Escaso y confuso, si no equivocado, es el conocimiento que se suele tener en nuestro país sobre la intervención española en la Guerra de los Treinta Años, probablemente la más compleja y asoladora de la historia europea. Y, sin embargo, ese período, durante el que culmina, influyente y cosmopolita, la obra cultural de España, fue, como la encrucijada del 711, como las tempestades del 1808 o del 1936, de un máximo dramatismo y trascendencia para la biografía de la Península Ibérica. Porque significó el tiempo de *la derrota* y, casi paradójicamente el de *la salvación* respecto a la catástrofe absoluta que pudo ser.

La confusión comienza, por lo que atañe al conjunto de Estados ibéricos, italianos y centroeuropeos que conocemos bajo el nombre de *Monarquía hispana,* desde la misma definición cronológica y sigue con la medida de la amplitud geográfica que se asigne al conflicto, concluyendo con el diagnóstico de su alcance socieconómico, político, científico e ideológico.

Pues existe una guerra en la Europa central con unos perfiles políticos y religiosos concretos, que transcurre de 1618 a 1648, y en la que España participa entre otros muchos contendientes, y otra guerra de bastante mayor envergadura, en el tiempo, los planteamientos y los objetivos y por sus horizontes mundiales. Es en esta segunda guerra donde nuestra Monarquía de los Felipes vio hundirse su sol hegemónico y en ella anduvieron a pique de zozobrar el futuro cultural de los pueblos hispánicos —con las amenazas de pérdida para las Iberias ultramarinas— y la propia integridad nacional, mermada, no obstante, con la separación portuguesa.

En primer término, tras el breve paréntesis de relativo pacifismo durante la segunda mitad del reinado de Felipe III, la contienda abarca para nuestro país no treinta, sino cuarenta años, dándole fin la batalla de Dunkerque y la subsiguiente Paz de los Pirineos. Pero, siempre para España, en realidad se trata de lo que pudieramos denominar la *gran guerra del Norte,* desde 1568, cuando se alzan los Países Bajos a 1658: estrictamente, *guerra de los noventa años,* con casi incesante lucha en aquellas partes y por toda la Tierra, desde el Pacífico o las Indias orientales hasta Africa, el Caribe o el Mediterráneo.

Esta imagen ampliada del conflicto nos ayuda a situar la posición hispana en unas coordenadas más comprensibles, sobre todo si procurásemos entender la intervención madrileña hasta el punto de preguntarnos, en contradicción respecto a lo que se nos suele inculcar, si no respondió antes a la voluntad de supervivencia política y económica que a los dictados de una proyección hegemónica intolerante y exclusivista.

No deja, en efecto, de resultar cómodo, aunque también engañoso, acogerse a la aplicación de fáciles recetas de signo dialéctico, tan pretenciosas cuanto a menudo prematuras y por ello estériles, donde vemos oponerse los sueños medievales al rumbo de la modernidad, el orden feudal al empuje del capitalismo burgués o la tiranía política y religiosa al espíritu ascendente de tolerancia y libertad, conceptos todos operativos si no se atribuyesen, en perjuicio habitual de España, con criterios nacionalistas, simplificadores y maniqueos.

Origen y causas de la intervención española

La guerra de 1618-1648/58 representa para España, según acabamos de ver, la fase final de su *guerra de los noventa años.* Tampoco la lucha en el corazón germánico del continente monopoliza los intereses geoestratégicos de la Monarquía hispana, los cuales exigen que extendamos el teatro de



Justino de Nassau entrega las llaves de la ciudad de Breda a Ambrosio de Spínola, jefe de los tercios españoles, episodio que se inscribe en el marco general de la Guerra de los Treinta Años (detalle central de *Las Lanzas*, por Velázquez, Museo del Prado, Madrid)

operaciones a dos escenarios mucho más anchos: por un lado, Europa entera y sus mares; por el otro, los horizontes planetarios del mundo colonial y mestizo en crecimiento.

La primera y limitada perspectiva, favorecida por el peso de la común historiografía europea, gala y alemana en particular, hace ver a españoles combatiendo —por seguir la periodización tradicional— contra alemanes, daneses, suecos y franceses..., mientras las otras dos ofrecen la lucha decisiva por el dominio del planeta —que ganarán los septentrionales del *viejo mundo* y del *nuevo*— entre el gigante holandés —esporádicamente, ahora, Inglaterra— y los Imperios ibéricos de las Indias orientales y occidentales.

Como suele suceder, es en la etapa de *pacifismo,* más o menos sincero y efectivo, que vive el sistema europeo de potencias durante la segunda década del siglo cuando germinan o se desarrollan las fuerzas que pronto desencadenarían el terrible período bélico.

En medio de la grave crisis económica y social, que en España manifiestan, por ejemplo, el *Quijote* o el alud de literatura arbitrística, y mientras un nuevo universo de pensamiento y ciencia nacía vigorosamente, los jinetes de la guerra aprestaban, aquí y allá, sus cabalgaduras, ansiosos de reanudar la devastación conseguida en las décadas anteriores. Unos por ambición otros por razón de Estado o *principios,* los más de cuantos en Europa poseían alguna capacidad de decisión, se preparaban para la guerra que convertirían en expresión máxima del horror de la misma.

Ciñéndonos al caso español, tal vez fuese el desengaño respecto a la política, administración y realizaciones del grupo pacífista en el poder, encabezado por Lerma, lo que propiciara la entrada en guerra de Madrid en 1618 —compromiso e intervención en el Imperio germánico— y 1621 —reanudación de las hostilidades contra Holanda—.

Porque las claudicaciones exteriores, como la Paz de Asti (1615), que transformó un triunfo militar en derrota diplomática, el fracaso evidente para los intereses ibéricos de la Tregua de los Doce Años, el desmoronamiento paulatino de la estructura imperial del Indico portugués, el auge del corso berberisco, el total malogro en la apremiante empresa de la *restauración* material de España y potenciación de sus fuerzas navales, etcétera, adelantaban, día tras día, al partido —Oñate, Osuna, Bédmar, Gondomar, Villafranca, Zúñiga, Olivares...— de quienes, polarizando el descontento o la frustración, contemplaban el objetivo indiscutible de la *conservación* de la Monarquía bajo los planteamientos enérgicos que podríamos definir como *política de reputación,* o, diríamos hoy, dignidad y prestigio.

En buena medida, desde los resortes del poder periférico y provincial —virreinatos, embajadas— de la gran Monarquía filipina, mediante un proceso solapado de toma de los mecanismos de decisión que se acelera a partir de 1617 y culmina, cinco años después, con el afianzamiento de Olivares, consuman los *reputacionistas,* sin prisas ni estridencia, un auténtico golpe de Estado.

La política italiana de Osuna, desde el Sur, y Villafranca, por el Norte, y el tratado secreto que el 20 de marzo de aquel año ajusta Oñate con los Habsburgo de Viena, involucrando a Felipe III en el avispero germánico, con la idea de neutralizar las amenazas latentes en aquel flanco para los dominios españoles, desembocarán de modo casi inevitable en esas guerras cuya responsabilidad muchos atribuyen indocumentadamente a Olivares.

La guerra y el programa del conde-duque

En 1620, los abundantes recursos financieros y tropas del Habsburgo madrileño imponen su ley a las pretensiones del príncipe palatino y sus aliados, quienes caen vencidos en Praga y el Bajo Palatinado, cuya conquista por Spínola alarga hasta el Rin la frontera del País Bajo español, con dominio de los mejores territorios de Europa. Las dos ramas —rica y pobre— de la *Augusta Dinastía* austriaca están próximas a un triunfo arrollador, del que sólo parecen separarlas operaciones menores de limpieza.

Fue entonces, cercano el término de la tregua con España, cuando los holandeses, regidos por el partido gomarista y el príncipe Mauricio, eligieron,

advirtiéndose en grave peligro, la senda de la guerra, que provocaron con repetidos incidentes que prácticamente imponían a Madrid una respuesta consonante.

El enfrentamiento con Holanda abrirá innumerables frentes ofensivos y defensivos a la Monarquía hispánica, saturando la capacidad financiera, demográfica y logística de ésta poco a poco y debilitando, desde luego, su acción centroeuropea en apoyo de Viena, debido a los ingentes recursos económicos, técnicos y marítimos de aquella República.

La lucha titánica entre las Provincias Unidas y España protagoniza, a mi juicio, el período de la Guerra de los Treinta Años, aunque otro paisaje se nos muestre en los manuales; ambos colosos, con dos concepciones distintas —aunque no siempre radicalmente opuestas— de la economía, la sociedad y el gobierno, resultarán a la postre extenuados, para beneficio de nuevas potencias, Francia e Inglaterra en primer lugar.

Cuando al fin Olivares pudo situarse en puesto preferente dentro del complejo mecanismo de poder que gobernaba la *Monarquía,* se encontró a una España enflaquecida por serios trastornos socioeconómicos, con una administración deficiente de los recursos y embarcada en dos guerras de magnas proporciones.

De inmediato, el flamante valido concebiría un programa de doble proyección, con una vertiente reformista —la primera importante de los tiempos modernos españoles—, o *restauradora,* de múltiples facetas, en el enfoque interno, y otra dirigida al fortalecimiento y racionalización del Estado en su actuación internacional, vinculando ésta, además de a los principios tradicionales de *conservación* y *reputación,* al concepto básico de autarquía, o idea de independencia política y autosuficiencia económica del Imperio hispánico respecto a las injerencias o amenazas de las burguesías nórdicas.

A despecho de obstáculos crecientes y zozobras, el hecho es que la maquinaria militar española funcionó satisfactoriamente durante los primeros años de la guerra, logrando éxitos espectaculares como el de Breda, 1625, con la derrota casi simultánea de los holandeses aquende y allende el Océano, los franceses y los ingleses, mientras fracasaba la coalición danesa y los ejércitos de la Augusta Casa triunfaban en Alemania.

Sin embargo, el conde-duque, consciente de la capacidad de resistencia enemiga, que todavía aplazaba y encarecía sobremanera la probable victoria final, se determinó a soluciones enérgicas para los mayores problemas: 1) sumisión de la tenacidad holandesa mediante el cambio a la guerra ofensiva por mar y defensiva por tierra, la insistencia en la guerra económica y la cooperación estratégica de las tropas austríacas; 2) relevo de los gravosos banqueros genoveses por sefarditas en las finanzas estatales; 3) igualdad tributaria, en hombres y dinero, de todos los reinos de la Monarquía, *hermanados* en expectativas e ideales; 4) constitución de un eje austro-hispano-polaco capaz de disciplinar a las potencias protestantes y de imponer un orden europeo que garantizase los objetivos autárquicos de la Monarquía hispánica.

De la defección alemana al desastre naval

La *inminente* victoria total de las armas habsburguesas en 1626 casi de pronto se disolvió en sombras de sueño fallido y desengaño barroco, que hasta 1633 produjeron una etapa de incertidumbre agobiante para Viena y Madrid. Cuando potencias del rango de Inglaterra o Francia andaban vencidas o a la deriva aún, ¿por qué tan repentina y apocalípticamente usamos el vocablo, a la sazón de moda, *mudanza?*

Sin duda, la inteligencia, recursos y voluntad de supervivencia de la República holandesa; luego, el semifracaso del recambio hebreo en los engranajes financieros; acto seguido, la captura parcial, por primera vez, de una flota de Indias, cerca de La Habana, con descalabro del tesoro español y enriquecimiento correlativo de Amsterdam; consecuencia de lo anterior, desórdenes y retroceso militar en el Norte; en fin, la desastrosa guerra de Mantua, en medio de la peste de Milán, la encrucijada del sistema de comunicaciones hispano.

Quiero subrayar otra causa de no inferior trascendencia, casi siempre relegada en los libros y que, además, segu-



Representación ecuestre del conde-duque de Olivares (grabado de la obra *Origen y dignidad de la caza,* por Juan Mateos, Madrid, 1634, Biblioteca Nacional, Madrid)

ramente postergó doscientos años el proceso de unificación nacional del pueblo germano. Se trata de la reticente y tortuosa conducta de Wallenstein, requerido por Madrid y Bruselas para la adopción de una estrategia más agresiva respecto al Báltico y Holanda. La Alemania vinculada a Viena recelaba del excesivo engrandecimiento español y el resultado de sus vacilaciones se cosechó en el sitio de Stralsund, donde los barcos suecos se revelaron más ágiles que los regimientos del general imperial. Y ya en el terreno de las alianzas, dos palabras para la decepción provocada por la incapacidad del Estado polaco.

Aún empeoraron las cosas para España cuando la diplomacia holandesa supo interesar a Gustavo Adolfo en la polémica centroeuropea y el ejército sueco, adelantado en armamento y táctica, arrolló a los soldados católicos del emperador y Baviera. En 1632, los tercios españoles combatían a la desesperada para impedir a los suecos el paso del Rin, y la última línea defensiva de Bruselas se estableció en *la* Mosa. El País Bajo español, corazón estratégico de la Monarquía, barbacana de España y de sus Indias, estaba cercado y en situación angustiosa.

Madrid se hallaba ante una disyuntiva tajante: rendirse o realizar un esfuerzo supremo que liberase los caminos terrestres y marítimos que conducían a Bruselas. El primer objetivo se cubrió cuando el ejército del Milanesado, atravesando la Valtelina, aplastó a los suecos en Nördlingen, 1634.

Esta batalla indujo a Richelieu a declarar, en 1635, la guerra a España, suscitando en ella esa explosión de patriotismo que ha estudiado Jover Zamora. Al principio, las operaciones fueron muy negativas para las armas de Luis XIII, pero en 1638, con insólito atrevimiento, lograron cruzar la frontera peninsular, poniendo sitio a Fuenterrabía y, aunque el episodio se saldó con un desastre francés, representó una seria advertencia y presagio.

Despejado el camino continental de Flandes, faltaba restablecer la antigua ruta marítima del País Bajo, perdida muchas décadas atrás. Pero la empresa, en la que se aventuraron los mayores recursos de la Monarquía, concluyó, tras un mes de combates adversos en el canal de la Mancha, con la destrucción casi completa de la Armada del Océano española. La suerte de la lucha giraba decisiva e irremediablemente contra los designios de la Monarquía de Felipe IV.

De repente, España quedaba indefensa en el Atlántico peninsular e indiano y obligada a tremendos gastos, con el país exhausto, para paliar las amenazas emergentes. Peor aún, la noticia de la catástrofe, que sólo a medias se pudo ocultar, propició un clima de descontento e insolidaridad donde hallaron terreno fértil los alzamientos de Cataluña y Portugal y otras tentativas disgregadoras que se extenderían luego a Italia con los movimientos de Sicilia y Nápoles.

Al borde del abismo

Las tropas del rey Felipe se batieron con bravura insuperable, haciendo honor a su fama, en todos los frentes, desde el mar del Norte hasta Italia o la raya aragonesa, pero eran ya muchas décadas de guerra y demasiados los enemigos dentro y fuera del marco peninsular y llegaron, inevitables, las derrotas y pérdidas de plazas.

La Monarquía, cada vez más falta de aquellas *cabezas* que desde años atrás echaba de menos Olivares, parecía por momentos a punto de desintegrarse y no cabía desechar como infundadas las perspectivas de *balcanización* o troceamiento político de la Península Ibérica, al modo de Italia, para botín de Holanda, Francia e Inglaterra. Tampoco el aliado y pariente de Viena se hallaba en mucho mejor situación.



Cuando los holandeses advirtieron el riesgo de aumentar excesivamente al vecino francés a costa de una España resignada al reconocimiento de la soberanía de sus Siete Provincias, paralizaron las acciones militares y aceleraron las conversaciones de paz, que se definieron en el Tratado de Münster, a comienzos de 1648.

Si Westfalia supuso la pacificación de buena parte del continente y el acuerdo, de duradera referencia, en torno a un orden de principios, fronteras y balance de fuerzas, como fruto de tanta sangre y destrucción, para España, ya lo hemos dicho, la guerra prosiguió sin solución de continuidad en lo que pudiéramos denominar su fase occidental y última, con la apuesta irrenunciable de la unidad ibérica en juego.

Desembarazada de Holanda, España concentró todo su esfuerzo contra Francia y en el Mediterráneo: Nápoles se recuperó de inmediato, 1648; poco después, 1650, venciendo en el canal de Piombino y Elba, se restablecieron las comunicaciones con el Norte de Italia; luego se reconquistaron Dunkerque, septiembre de 1652, y Barcelona, el 11 de octubre.

Mazarino redobló su empeño en la lucha de nuevo indecisa, poniendo sus mejores esperanzas en la seducción de la vigorosa Inglaterra forjada por Cromwell y también cortejada por Felipe IV. Todavía tuvieron energía aquellos tercios legendarios para batir en Valenciennes, su última gran victoria europea, al ejército de Luis XIV 1656. Pero Londres había preferido la alianza francesa y los británicos desembarcaron en Jamaica, capturaron flotas indianas y, sobre todo, bloquearon las costas españolas, irrogando inmensos perjuicios y humillación.

Era casi el final, que llegó en junio de 1658, cuando don Juan José de Austria, el ídolo nacional, caía derrotado por los anglofranceses ante Dunkerque, con pérdida subsiguiente de tan imprescindible base naval, la mejor espada de Felipe IV a lo largo de la guerra. Y en el Bidasoa se firmó la paz que daba paso a los siglos de Francia e Inglaterra (*).

La experiencia de la derrota, superpuesta a la tremenda crisis y extenua-



Izquierda, Felipe IV (por Velázquez, National Gallery, Londres). Arriba, toma de Yprés, en el Flandes occidental, por tropas del conde de Fuensaldaña, al final de la Guerra de los Treinta Años (detalle del avance de las tropas, por Snayers, Museo del Prado, Madrid)

ción del país, con la conciencia del declive, se vivió en España del modo melancólico que traducen los documentos, la literatura y el arte de la época. El *Pigmalión* calderoniano de *La fiera...* (1652) refleja bien, desde el ensimismamiento patológico de su mundo de estatuas, el estado de una Castilla paralizada por el estupor y la desgana.

Pero de la sima de la crisis surgieron las fuerzas de recuperación de un país que se resistía a perecer y que en los mitos populares y el renaciente reformismo de los dirigentes buscaba la edificación de una España que, aunque tuviera que ser menor, fuese viable en la Europa poswestfaliana. Símbolo de los nuevos tiempos, diecisiete años después de *La fiera...*, Pedro Calderón escribía en clave política su versión, crítica y constructiva, del mito de *Prometeo* (1669).

Pues de la derrota de la Monarquía hispánica en la *guerra de los noventa años,* antes del Estado borbónico, según pretende Stradling, brotó el espíritu de una nación distinta, que iría alzándose de Carlos II a Carlos III, quizá más coherente en su estructura hispanoamericana, si bien —menos creativa y caracterizada— más *provinciana* y más frágil, como demostraría su estrepitoso y rápido derrumbe posterior, en la segunda gran crisis de la España moderna.

(*) Siempre desde el punto de vista español, en el punto de la periodización propongo a los partidarios de los esquemas la siguiente para nuestra guerra europea de los cuarenta años: 1) período palatino. 1618-21; 2) fase holandesa. 1622-26; 3) marasmo financiero y militar. 1627-33; 4) lucha por las rutas. 1634-39; 5) crisis de la Monarquía. 1640-47; 6) fase francesa. 1648-55; 7) fase inglesa 1656-1658. *Por otra parte. el ciclo corto, propio de la política, requiere una fundamentación teórica que no cabe abordar aquí.*

Los desastres de la guerra

Por Pere Molas Ribalta
Catedrático de Historia Moderna. Universidad de Barcelona

La Guerra de los Treinta Años marcó un punto de inflexión en la historia europea. La fecha de los tratados de Westfalia (1648), que pusieron fin al conflicto, ha sido considerada durante mucho tiempo como el hito que dividía la Edad Moderna en dos grandes períodos. En nuestros días distintos historiadores consideran que con la paz de Westfalia y la culminación del conflicto se cerraba una etapa de la historia del continente, un *siglo de hierro* situado bajo el signo de la crisis.

Entre los factores que agravaron la vida de las poblaciones europeas durante la primera mitad del siglo XVII, la guerra que se inició en 1618 como un conflicto localizado en Bohemia tuvo un impacto de primer orden. La guerra significó no sólo destrucción directa por los ejércitos enemigos, sino que supuso para los Estados una exigencia de mantener los ejércitos.

La guerra favoreció los avances de la centralización y del absolutismo, sobre todo a través de la intensificación y extensión del impuesto. Las exigencias y consecuencias de la guerra se hallan presentes en la mayor parte de rebeliones de la época, sean desesperados alzamientos campesinos y urbanos, o bien movimientos de mayor enjundia política, canalizados en la defensa del sistema de *libertades* provinciales.

El fin de la guerra coincidió con una crisis económica y social de amplias dimensiones que dio lugar a rebeliones desde Sicilia hasta Inglaterra y de Francia hasta Rusia. El fin de las hostilidades produjo repercusiones negativas incluso en países que habían permanecido fundamentalmente apartados del conflicto; los cantones suizos se vieron afectados en su economía por el cese de las oportunidades que les ofrecían las necesidades de los beligerantes. Sistemas triunfadores, como el francés, estuvieron a punto de hundirse en la convulsión de rebeldía conocida como La Fronda (1648-1652).

Un nuevo sistema internacional

En la Guerra de los Treinta Años se dirimió y se perdió la hegemonía de la casa de Austria —y especialmente de la Monarquía hispánica— a escala europea y a escala colonial. La casa de Austria no pudo imponer su línea política y religiosa al conjunto del Imperio germánico. España tuvo que reconocer la independencia de Holanda y no pudo impedir la expansión colonial holandesa a costa de los territorios portugueses.

Con la entrada de Francia en el conflicto general, la guerra se convirtió en una nueva y decisiva fase de la lucha entre las monarquías francesa y española por la hegemonía en la Europa occidental. Los tratados de Westfalia, firmados en las ciudades de Münster y Osnabrück, liquidaban de hecho la hegemonía hispánica y austríaca y tendían a sustituirla por un sistema de equilibrio entre las potencias.

Pero Westfalia no terminó con las hostilidades entre Francia y España, que continuaron hasta la paz de los Pirineos en 1659. Esta *supervivencia* de España, combinada con la crisis francesa de La Fronda, tuvo como consecuencia la recuperación de Cataluña (aunque no del Rosellón) por la monarquía española.

Dos años más tarde de la paz de los Pirineos dio comienzo el reinado personal de Luis XIV, coincidente con la hegemonía francesa sobre Europa. La Guerra de los Treinta Años fue la forja de esta hegemonía, camuflada bajo declaraciones de ayuda a la libertad de



Capitulación española en Perpiñán el 9 de septiembre de 1642 (grabado satírico francés del siglo XVII, Biblioteca Nacional, París)

los Estados amenazados por la preponderancia española.

La guerra significó también el límite de la Contrarreforma ofensiva. A pesar de que el papa Inocencio X protestó contra las concesiones hechas por la casa de Austria a los príncipes germánicos en materia religiosa, se llegó a un equilibrio y a una cierta convivencia entre las principales confesiones religiosas (católicos, luteranos y calvinistas). La militancia religiosa de principios de siglo dio paso en algunos individuos a un sentimiento *irenista,* es decir, de paz e incluso de propuestas de unión entre los cristianos.

Además de Francia, otros dos países emergieron como vencedores del gran conflicto internacional: Holanda y Suecia. Holanda había luchado desde 1621 contra la monarquía de los Austrias en Europa, en América y en Asia. Había consolidado su Imperio colonial en Extremo Oriente y estuvo a punto de crear unos *Nuevos Países Bajos* en el Norte del Brasil. Además había constituido la retaguardia geográfica y financiera de los protestantes alemanes.

Con la paz de Münster los holandeses obtenían de Felipe IV el reconocimiento definitivo y formal de su independencia. Terminaba la llamada *guerra de los ochenta años,* iniciada en 1568 con la rebelión contra Felipe II y sólo interrumpida —en Europa— por el período de la *tregua de los doce años* (1609-1621).

En realidad, tras la separación de Portugal de la monarquía de los Austrias (1640) ya no existían graves motivos de oposición entre ésta y las Provincias Unidas. Al contrario, los gobernantes holandeses habían descubierto la conveniencia de mantener entre su país y la poderosa monarquía francesa el amortiguador constituido por los Países Bajos españoles, las *provincias obedientes fieles* a Felipe IV, es decir la actual Bélgica. Habían descubierto el principio de que *gallus amicus sed non vicinus.*

Suecia se configuró como la potencia hegemónica en el espacio báltico. Suecia dominaba tradicionalmente el territorio de Finlandia y había suplantado a otros Estados en el dominio de

Estonia y Livonia, en este caso tras vencer al Estado rival de Polonia.

Desde 1635 los ejércitos suecos dominaron ampliamente en el Norte de Alemania. En la paz de Osnabrück obtuvo Suecia una importante *satisfacción* o indemnización económica y el dominio de una parte del litoral alemán: Pomerania y los obispados de Verden y Bremen. Entre 1645 y 1660 el reino de Suecia alcanzó el máximo de poder tras vencer dos veces a Dinamarca. El dominio del Báltico, aunque con altibajos, quedó en manos de Suecia hasta ia conclusión de la *gran guerra del Norte* en 1721.

Un nuevo equilibrio en el mundo germánico

La guerra tuvo consecuencias importantes en la ordenación interior del Sacro Imperio Germánico. Quedaba liquidada la posibilidad, entrevista hasta 1630, de fortalecer la autoridad del emperador sobre los príncipes y las ciudades. Se aceptaba la fórmula de la superioridad del conjunto imperial sobre su cabeza: *Imperator minor Imperio.*

Los príncipes obtenían una *soberanía territorial* que les capacitaba para llevar una política exterior propia. La impotencia del Imperio quedaba confirmada por la intervención de los soberanos extranjeros —Suecia y Francia—, que se convertían en miembros del Imperio por los territorios conquistados; se presentaban como garantes de las *libertades germánicas* frente al emperador.

Fruto de esta política fue el establecimiento de la *Liga del Rin* (1658), la alianza de Francia con los príncipes renanos en contra de la política de la casa de Austria. Fue especialmente conflictiva para el futuro la cesión de los dominios de la casa de Austria en Alsacia; aunque estos dominios sólo comprendían parte de la región, la paz de Westfalia puso las bases para la futura incorporación a Francia de toda la Alsacia y más adelante del ducado de Lorena.

La paz de Westfalia ampliaba en sentido favorable a los protestantes los términos de la paz religiosa de Augsburgo de 1555. El calvinismo fue reconocido en pie de igualdad con el luteranismo y el catolicismo. Fue restaurado el electorado palatino del Rin, suprimido en 1621 en favor del duque católico de Baviera; pero éste no perdió tampoco su dignidad electoral, con lo que en el futuro hubo ocho *príncipes electores,* cinco católicos y tres protestantes. Las esferas de influencia entre católicos y protestantes quedaron fijadas según la situación existente en 1624, que fue escogido como *año normal* o normativo. Esta solución fue un compromiso entre católicos y protestantes, inspirada en el modelo anterior propuesto en la paz de Praga de 1635.

El acuerdo estuvo favorecido por la presencia en la cabeza del Gobierno imperial austríaco de políticos y diplomáticos realistas y pragmáticos que abandonaron las pretensiones políticas y rellgiosas demasiado radicales y procuraron conservar lo que fuera posible a pesar de la derrota militar.

El conde Maximiliano de Trauttmansdorf, primer ministro del emperador Fernando II representaba esta nueva posición. A cambio, los protestantes alemanes y sus aliados internacionales abandonaron la defensa de sus correligionarios súbditos directos de la casa de Austria.

La Contrarreforma triunfó completamente en la Austria propiamente dicha, y en los territorios de Bohemia y Moravia, que habían sido el origen de la guerra; los protestantes sólo conservaron cierta tolerancia en el ducado de Silesia. La nobleza protestante de Austria, que había sorteado las anteriores expulsiones, se vio obligada a emigrar.

La Guerra de los Treinta Años arruinó las posibilidades de una autoridad imperial fuerte, pero cada príncipe en sus territorios (y el emperador en los suyos) tendía al absolutismo, siempre en conflicto y tensión con sus *Estados* o estamentos. La reforma general del Imperio quedó aplazada para una ulterior convocatoria del Parlamento o *dieta.* La que se celebró en 1653 consagró el *statu quo,* lo que favorecía la posición de los electores y de los príncipes más poderosos, pero debilitaba las instituciones imperiales.

Consecuencias económicas y sociales

La paz de Westfalia sancionó también la segregación del Sacro Imperio de dos ámbitos geográficos, econó-



Victoria de las tropas españolas, mandadas por Gonzalo de Córdoba, en Fleurus, Bélgica, en 1622, en la primera fase de la Guerra de los Treinta Años (Museo del Prado, Madrid)

micos, sociales y políticos que de hecho se habían separado con anterioridad: la república de las Siete Provincias Unidas (segunda mitad del siglo XVI) y los cantones suizos, que ya en torno a 1500, antes de la reforma luterana, habían rechazado integrarse en la reforma administrativa del Imperio, obra del emperador Maximiliano I.

La Guerra de los Treinta Años es considerada como uno de los conflictos bélicos más destructivos. Los grabados de Callot y la vida de *Simplicissimus,* la novela más característica del barroco alemán, nos han acostumbrado al mundo de la destrucción indiscriminada, vinculada al azote de ejércitos básicamente mercenarios. La influencia negativa en la evolución socioeconómica del mundo germánico fue grande. Podemos considerar tres ámbitos principales: la despoblación, la caída de la actividad económica y el empeoramiento de la condición campesina.

El fenómeno de la despoblación es innegable, pero tuvo una incidencia negativa según las regiones, es decir, según los movimientos de los ejércitos. Una ancha franja que cruzaba en sentido diagonal el Imperio, desde el Suroeste al Noreste, fue especialmente afectada. En las regiones del Palatinado, de Wurtenberg, en el Brandenburgo, Mecklenburgo y Pomerania las pérdidas fueron del orden del 50 por 100. Pero no siempre la despoblación significaba la muerte de los habitantes.

Triunfo señorial

Los movimientos migratorios más o menos forzosos fueron significativos. Los disidentes religiosos se vieron obligados a exiliarse. Los campesinos abandonaban los campos y se refugiaban en las ciudades, ocasionando excesos de población. Después de la guerra se produjo un fenómeno de compensación desde las zonas superpobladas, por ejemplo de montaña, hacia las llanuras devastadas. Las zonas del Oeste y centro de Alemania atraían emigrantes de los Alpes.

En el Palatinado, una región muy urbanizada que había sido ocupada por múltiples ejércitos, el nuevo elector animó a los nuevos pobladores mediante franquicias económicas y tolerancia religiosa. En los años de posguerra se produjeron además los últimos exilios forzosos por motivos religiosos: 150.000 habitantes abandonaron Bohemia y se establecieron en regiones protestantes limítrofes.

La guerra tuvo, en general, un efecto negativo sobre la actividad económica y agravó las tendencias depresivas de fondo del movimiento económico. Sólo la producción relacionada con la demanda militar pudo experimentar algún impulso positivo. Algunos puertos del Báltico (Hamburgo, Bremen) y algunas ciudades del eje renano (Colonia, Francfort) participaron en el suministro de los ejércitos, en armamento y en aprovisionamiento general, en cereales, ganado, caballos, etc. Incluso los círculos y ciudades vinculadas al esfuerzo de guerra sufrieron una crisis de reconversión cuando terminaron las hostilidades.



La guerra permitió el enriquecimiento de algunos grandes asentistas, de los grandes contratistas de aprovisionamiento de los ejércitos. Uno de los más importantes fue Hans de Witte, el financiero que permitió organizar el ejército de Wallenstein.

La circulación monetaria en toda Europa se resintió de la falta de metales preciosos. En consecuencia se produjo una inflación basada en la moneda de cobre. De manera esquemática se ha dicho que la Guerra de los Treinta Años fue la lucha entre el cobre de Suecia y el de Hungría, dominado por los Habsburgo. El siglo XVII fue para los alemanes la edad del cobre, el *Kipperzeit.* En el fondo, la economía sueca —y la del Báltico en general— estaba dirigida por los holandeses desde Amsterdam.

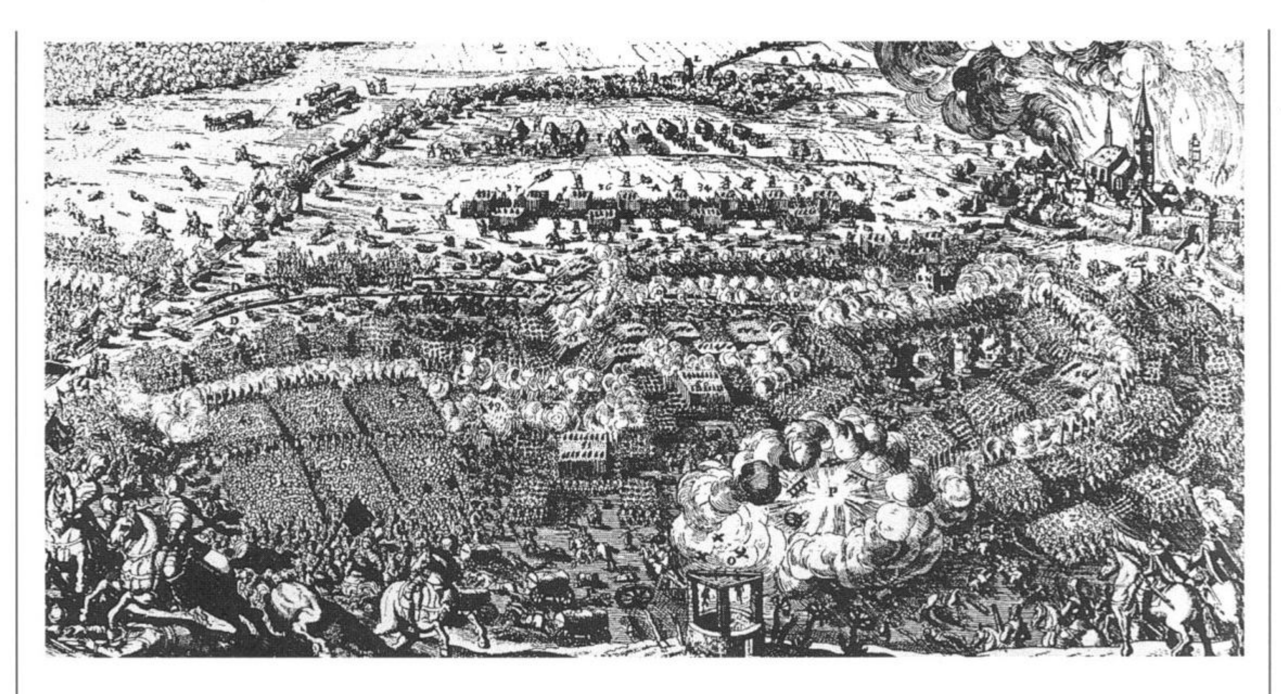
La guerra significó destrucción indiscriminada de cosechas y ruina de los campesinos. Tuvo como consecuencia el abandono de campos cultivados de manera directa. La ruina del campesinado estuvo causada también por medios indirectos, que encontramos en casi todos los países beligerantes.

Los impuestos, directos e indirectos; las manipulaciones monetarias, el proceso general de endeudamiento, debilitaron poco a poco a los campesinos, hicieron disminuir las capas acomodadas y produjeron un proceso de polarización social y una cierta proletarización. Los campesinos se habían visto obligados a vender progresivamente parcelas para el pago de deudas o de impuestos.

En toda Alemania se encontraban tierras yermas y pocos campesinos. Los señores y los gobernantes emprendieron una política de *reconstrucción* según les permitían las circunstancias sociales. En el valle del Rin y en la Alemania central, aunque se conservó el predominio nobiliario, los señores realizaron inversiones en las tareas de reconstrucción, pagando materiales o condonando impuestos. En las regiones del Elba y Bohemia la reconstrucción significó la imposición de la *segunda servidumbre.*

Este sistema social característico de la Europa oriental se implantó definitivamente al filo de 1650. El sistema significaba incremento de la *reserva* señorial y de la explotación directa por los señores; aumento de trabajo obligatorio no remunerado en tierras del señor (estas prestaciones recibían en Bohemia el nombre de *robot*); imposición al campesinado de la condición servil, que implicaba su *adscripción* a la tierra cultivada, con prohibición de emigrar; tendencia a constituir el gran dominio como una entidad cerrada, económica, social y administrativamente.

En todos los territorios del Este, en Brandemburgo, en Sajonia, en Bohemia, los príncipes y los estamentos promulgaron leyes que limitaban la movilidad del campesino. La nobleza se apropió de muchas tierras que ha-



Izquierda, arcabucero de la época, en la posición *sostengan el arma* (grabado de Jakob de Gheyn en un manual de instrucción militar, Museo Británico, Londres). Arriba, batalla de Lützen, una de las más sangrientas de la Guerra de los Treinta Años; en ella murió Gustavo Adolfo de Suecia, aunque sus tropas alcanzaron la victoria (detalle del grabado de Emil Hildebrand)

bían quedado despobladas. Los señores controlaban el matrimonio de los campesinos, favoreciendo la endogamia dentro del dominio, e imponían el servicio doméstico de los hijos en la residencia señorial.

En Bohemia, tras la batalla de la Montaña Blanca se produjo un amplio movimiento de confiscación de propiedades y señoríos de la nobleza protestante por los vencedores católicos. De esta forma se convirtieron en grandes aristócratas de Bohemia familias de la nobleza austríaca, ministros del emperador o generales de variada procedencia (italianos, belgas, etcétera).

Pero también se benefició del proceso la propia aristocracia checa católica —o convertida al catolicismo, como era el caso de Wallenstein—, a veces miembros de una rama de la misma familia que sufría la confiscación. Entre los beneficiarios de la gran transferencia de propiedad que acompañaba la victoria del emperador se encontraban militares españoles como Guillermo Verdugo y el valenciano Baltasar Marradas.

Bibliografía

Alcalá-Zamora, J., *España, Flandes y el mar del Norte, 1618-1639,* Barcelona, Planeta, 1975. Astor, T. (ed.), *Crisis en Europa,* Madrid, Alianza, 1983. Bennassar, B., *La España del Siglo de Oro,* Barcelona, Crítica, 1983. Clark, G., *La Europa moderna,* México, FCE, 1980. Chudoba, B., *España y el imperio,* Madrid, Rialp, 1963. Domínguez Ortiz, A., *Crisis y decadencia en la España de los Austrias,* Barcelona, Ariel, 1973. Elliott, J. H., *La España imperial,* Barcelona, Vicens Vives, 1980. Id., *La Europa dividida,* Madrid, Siglo XXI, 1973. Kamen, H., *El siglo de hierro,* Madrid, Alianza, 1977. Maravall, J. A., *La cultura del barroco,* Barcelona, Ariel, 1975. Nordmann, C., *La ascensión del poderío europeo,* Madrid, Edaf, 1975. Parker, G., *El ejército de Flandes y el Camino Español,* Madrid, Alianza, 1985. Ramos Oliveira, A., *Historia de Alemania,* México, FCE, 1973. Stradling, R. A., *Europa y el declive de la estructura del Imperio español,* Madrid, Cátedra, 1983. Wallerstein, I., *El moderno sistema mundial,* Madrid, Siglo XXI, 1979.